

EL HOMBRE QUE VIAJÓ A LA LUNA

Patricia Suárez

ILUSTRACIONES DE: **Nadia Romero Marchesini**





CAPÍTULO 1

El señor Carmelo Casadiego vivía con su esposa Linda, detrás del negocio de muebles. Él tenía una mueblería en la que se dedicaba a comprar y vender muebles antiguos que la gente traía y le vendía cuando quería deshacerse de ellos o porque pertenecía a un tatarabuelo muerto doscientos años atrás y al mueble lo estaba afectando la carcoma. La carcoma es el gran enemigo de los muebles. Últimamente, los asuntos financieros en el negocio no funcionaban muy bien: había más gente vendiéndole muebles que comprándoselos y al señor Casadiego ya le mermaban los ahorros que usaba para comprar los muebles. Al que sí le iban muy bien los negocios era al señor Simón Clemátide, que tenía una mueblería en la esquina de la de Casadiego. Se dedicaba a muebles de plástico que hoy por hoy están muy de moda. Sillas y mesas de color blanco, negro, colorado y de más variados colores. El señor Clemátide no compraba muebles a ningún cliente, solo vendía los

que él fabricaba en un suburbio de una ciudad lejana. Al anochecer, cuando el señor Casadiego debía bajar la persiana del negocio, veía una tenue lucecita en la ventana de Simón y lo veía a él contando billetes de un fajo de dinero. Billetes y billetes, tantos, que el señor Casadiego se preguntaba cómo no perdía la cuenta.

Pero el señor Carmelo Casadiego sí compraba muebles viejos y los reparaba si hacía falta. No le gustaba decir no a los compradores y que se fueran con cara amarga. Prefería decir sí porque sabía que, hasta entonces, tarde o temprano lograba que algún comprador se interesara por ellos. Solía haber decenas de coleccionistas de muebles rondando la mueblería, aunque el frío de este invierno los hubiera espantado. También los restauraba cuando era necesario, porque el señor Casadiego había aprendido un poco de carpintería en la escuela y nada le gustaba más que pasarles una nueva capa de barniz para mantenerlos brillantes y bienolientes. «No hay perfume más rico que el del barniz», pensaba con frecuencia el señor Casadiego.

Los clientes le llevaban a vender a la mueblería mesas para muchos comensales, por ejemplo, o sillas de madera flexible, y también llevaban para venderle

muebles pequeños, taburetes y baúles que parecían haber pertenecido a verdaderos piratas del mar Caribe. Solían ser de madera, de ébano de caoba, de palo rosa... Algunos de estos muebles eran la mar de rarísimos; cierta vez le llevaron una silla duquesa en la que la mujer que se sentara allí podía extender los pies encima de un apoyapiés que se le agregaba para eso (y nadie podía retarla gritando: «¡Baja los pies de la mesa ya mismo o no tendrás postre después de la cena»). Había también un sillón, por ejemplo, llamado sillón tête a tête, que en francés quiere decir cabeza con cabeza. En este sillón con forma de letra S, una persona se sienta mirando para un lado y otra persona hacia el otro, pero sus cabezas quedan juntas como para que puedan chismorrear tranquilas o hablar en voz bien baja. Por eso en inglés se le llama «el sillón de los chismes» y también «el sillón de los enamorados». Era el preferido del señor Casadiego y estaba en la parte de atrás del local, tapado a medias por un ropero de dos lunas, gigantesco, dentro del cual se podían guardar colgados abrigos pesadísimos y cabían muy cómodos y sin arrugarse ni nada. Al señor Casadiego le gustaba sentarse en el sillón de los enamorados al caer la tarde, después de cerrar y bajar la persiana del

negocio. De un lado se sentaba él y del otro Linda, su esposa.

Todos los días cumplían el mismo rito: a la hora de cerrar el señor Casadiego llamaba a su esposa a su lado para compartir los primeros momentos de la noche. Y ella refunfuñaba:

—Carmelo, si solo falta un pequeño minuto para servir la comida. Recuerda que la comida fría puede caerte mal al estómago.

Esto no era del todo cierto: nunca faltaba un pequeño minuto, sino muchos más. Quince o veinte tal vez, pero ella solía decir esta frase para que él no se demorara. A ella le gustaba mucho la comida bien caliente y a él le gustaba fría. A veces a las personas les gusta lo contrario que a las otras y así y todo se llevan muy bien. Incluso en los matrimonios, a uno le puede gustar irse de vacaciones al mar y al otro a la montaña.

—Me gusta la comida fría —gruñía el señor Casadiego —Vamos, ven de una vez, Linda.

A veces, Linda no venía sola a sentarse con él, sino que traía a la rastra a Pulgas Casadiego, el perro beagle de la familia, el cual, si era dejado completamente solo por la noche, era capaz de reducir la casa a astillas

a fuerza de saltos y mordiscos. Pulgas se sentaba a los pies de Linda y del señor Casadiego cuando conversaban, y, si había oportunidad, mordisqueaba los zapatos del amo. «No hay nada más rico que el cuero de los zapatos del amo», pensaba Pulgas con su pensamiento de perro.

Y si los señores de la casa estaban en el negocio y no en la cocina como correspondía a esas horas, o a pocos minutos después, la gata iba con ellos. ¿Qué iba a quedarse haciendo sola la gata? Movía la cola una sola vez, que eso en idioma gatuno viene a significar: «Qué fastidio» o también «Estoy furiosa», e iba al negocio y se subía a la falda de la esposa del señor Casadiego como si hubiera sido el único lugar en el mundo adonde se pudiera estar cómodamente. Linda no se inmutaba, sino que más bien la dejaba estar a la gata y le peinaba el pelaje.

Ese atardecer, Linda se sentó al lado de su esposo como siempre lo hacía en el sofá de los enamorados y lo convidó con nueces. Llevaba un cuenco con nueces crocantes para compartir los dos en ese rato. Su esposo tomó un puñadito y habló:

—Linda, ¿te acuerdas del cofre que vino a vender la anciana hace dos días?

—No —contestó Linda, que era muy desmemoriada.

—Claro que sí. Te lo mostré y todo. Es pequeño y tiene la cerradura de color dorado rojizo. La anciana decía que era cobre y no oro, pero quién sabe. Ella porfiaba que se trataba de un cofre común y corriente y que la cerradura y la llave eran de cobre. Tal vez aleado con otro metal pero de ninguna manera podía ser oro.

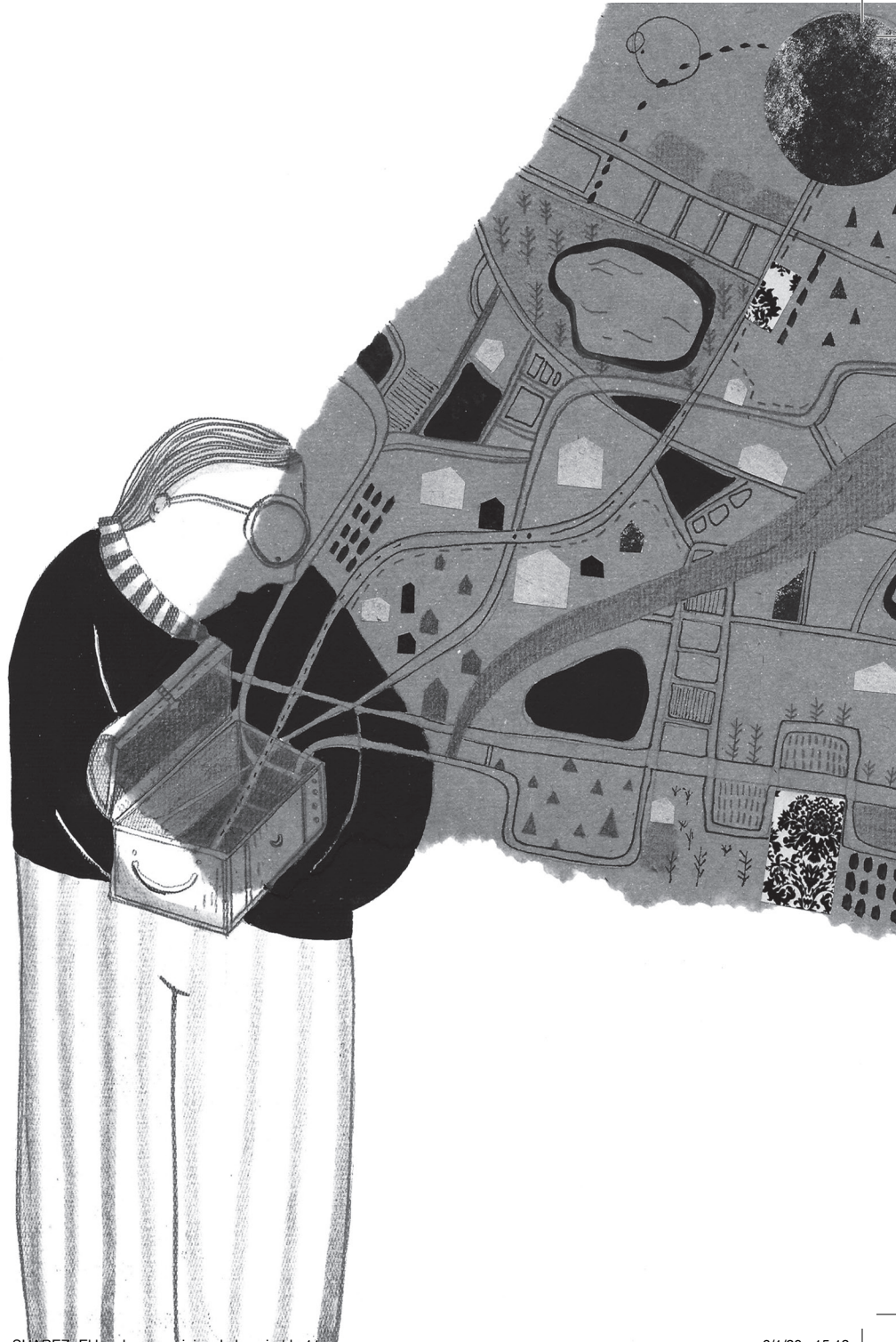
—¿Y piensas que era oro? —preguntó Linda tapando con la mano un bostezo.

—No lo sé. Ella estaba muy apurada en venderlo, porque necesitaba el dinero para regresar a su pueblo al otro lado del continente. Decía que quería volver a los suyos, antes de estar demasiado vieja como para subirse a un avión. Pero se la veía en tan buen estado que bien podría haber viajado en bicicleta.

—Habrá comido remolachas y zanahorias toda su vida. Las remolachas y las zanahorias tienen muchas vitaminas. Lo leí hace muy poco en una revista en el consultorio del doctor.

—También trajo dos sillas Luis XV de nogal, que hacían juego con el cofre que era de madera de nogal. Y cerradura de cobre o de oro, quizá.

Linda se preguntó por qué a su esposo le había dado tal obsesión con si la cerradura era de oro o de cobre



o lo que fuera. Seguro no pensaba destrozar el cofre para quitar la cerradura y fundirla en forma de lingote y tener así un ahorro para cuando Stella le diera nietos o Nelson se casara de una vez y formara una familia. Stella y Nelson eran los hijos del señor y la señora Casadiego. Tenían más de treinta años los dos.

El perro saltó intentando morder la cola de la gata que descansaba lánguida en el regazo de Linda. La gata, que estaba un poco loca desde su nacimiento, tiró un araño al hocico del perro y estuvo a dos centímetros de alcanzarlo. Eso le hubiera producido un dolor intensísimo; de todas formas, como Pulgas era un cachorro de menos de un año, siguió intentando morder la cola de la gata loca. Por qué la gata de los Casadiego estaba loca y cuándo y por qué había llegado el perro a la familia son temas para más adelante. Por ahora habrá que quedarse con el asunto que el señor Casadiego contaba sobre el cofre y la viejecita.

—La cuestión es que hoy abrí el cofre para ver qué había dentro.

—Ajá. ¿Y qué había?

—Linda, había un plano para armar un cohete y llegar a la luna.

–Qué interesante –murmuró Linda con una voz que demostraba justo lo contrario.

–Y por cierto no se trata de un cohete complicado de esos que hacen en la NASA. Sino de uno bastante simple.

–Uno de juguete –acotó Linda.

–No, no. Uno que parece que de veras te lleva a la luna. Porque las sillas Luis XV que la anciana vendió SON el cohete.

–¿Un cohete hecho con un par de sillas, Carmelo? Es una broma.

–Hay que agregarle un motor de bicicleta o de monopatín y algunas cosas más...

La señora Casadiego frunció el ceño y se levantó. Puso el dorso de su mano sobre la frente de su esposo y chasqueó la lengua.

–Querido, me parece que tienes fiebre.

–No, no. Puedo mostrarte el plano para viajar a la luna.

–Ya lo sé, Carmelo. Pero te debes estar engripando.

–¿Crees que estoy delirando?

–Claro que no; creo que estás enfermando. Puede que sea gripe o algún otro virus del invierno. Los vecinos están todos en cama por la gripe. Debimos

vacunarnos contra la gripe este año, pero ¡ay!, no le dimos importancia. Carmelo, este es el momento en que debemos marchar a la cocina y debes tomarte sin refunfuñar tu sopa de pollo.

—Linda —gimió el señor Casadiego—, no quiero sopa de pollo.

—Pues vas a tener que tomar sopa de pollo para recuperarte de tu gripe.

—No tengo gripe, Linda.

—Todavía no del todo; de todos modos no te vendría mal descansar un par de días. Aunque lo niegues, este trabajo te causa estrés, Carmelo. El estrés hace que las personas de repente se sientan indispuestas.

—Me gusta mi trabajo.

—Ya lo sé, aunque deberíamos pensar en tomarnos unos días de vacaciones. Unas vacaciones adelantadas, ¿qué te parece? Podemos visitar a Stella en el campo y ver qué tal le va con la granja. Y si ya tiene novedades acerca de cuándo espera encargar nuestros nietos.

La señora Casadiego utilizaba la palabra «encargar» por «concebir». Le parecía que «concebir» podía sonarle fuerte a su marido.

—No quiero ir al campo, Linda. No me gusta el campo.

—Entonces podemos visitar a Nelson, en la ciudad. Aunque su departamento es chico, seguro tendrá un espacio para nosotros; podría dejarnos su habitación y él dormir en ese gran sofá que una vez le conseguiste... Tan bonito... Ahora no recuerdo el nombre.

—A Nelson no le sentará bien dormir en un sofá. Tiene mucho trabajo en su oficina...

—Nada de eso, le encantará. Aquel sofá que era de caoba y brocado rojo... ¿Qué nombre tenía aquel sofá, Carmelo? A veces me falla la memoria en temas de muebles...

—Luis Felipe, época 1860-1880.

—¡El mismo! —aulló la señora Casadiego con tal alegría que el perro ladró y la gata saltó al suelo con un maullido de satisfacción.

—Linda, por última vez. No tengo gripe, no me apetece ir al campo a ver a Stella ni a Nelson a la ciudad. Nada más quiero que me ayudes a armar esta nave y que viajemos juntos a la luna.

La señora Casadiego contempló a su marido con compasión.

Susurró:

—Un plato de sopa y después una copita de brandy, en la sobremesa. Te ayudará a sobrellevar la gripe.